

# Editorial

Vista en perspectiva, la trayectoria académica de cada investigador revela las huellas de una marcha en pos de una dirección concreta aunque no siempre clara cuyo destino, perpetuamente inalcanzable, con algo de suerte se le es revelado al corredor y, con algo de suerte más, se muestra a la sociedad que lo acompaña. Cada atleta hace este viaje a ritmos distintos. Hay quien prefiere el *sprint* de la Licenciatura o el Grado: dedicarle unos años limitados en un espacio sin interrupciones para luego abandonar discretamente la pista. Hay por otra parte quien decide continuar el curso, perseverar en el estudio empujado por un deseo algo difícil de explicar a quien no lo ha sentido de insistir en una carrera que no escatima en dolor, angustia, frustración y que pone a prueba la humildad, la confianza y hasta la salud de quien la lleva a cabo. Condición compartida por los corredores maratonianos, la investigación es también una tarea solitaria, quizá no tanto en los resultados o en los métodos, compartidos y compartibles, sino más bien en la soledad del paso a paso, en la tentación de dejarlo estar cuando parece que nadie va a mirar, en el ataque cruel del síndrome del impostor, en darse cuenta de lo fútil de su empeño y en la dependencia de la recompensa endorfinada de cada pequeño éxito producido al pasar una línea imaginaria que se debe empujar siempre varios metros hacia adelante.

Hay quien investiga toda su vida y muere con las zapatillas puestas. Hay quien entiende cuándo llega el momento de parar, comprueba su marca y decide reposar los músculos, que quizá todavía le pidan seguir en movimiento, tan acostumbrados los tenía. No todos pueden aguantar el ritmo. Entran decididos y con el juicio claramente obnubilado de querer emprender la carrera del escolar, pero llega un punto en que abandonan, algo derrotados. Desde un punto de vista idealista se puede decir que el Doctorado representa la prueba de fuego, aquella que realmente supone el corte y marca a quien tiene la tenacidad y la capacidad física de mantener el ritmo de larga marcha. Hoy día diríamos sin embargo que es la vergonzosa ruleta maldita de la precariedad laboral en las universidades la que acaba de forma prematura con lo que podrían ser carreras académicas plusmarquistas.

En la revisión de esta carrera, es interesante comprobar cómo de difícil es evaluar con exactitud el progreso del corredor. Aunque el movimiento genere siempre un avance, la extensión inconcebible del trazado hecho se escapa de la concepción tridimensional que se pueda llegar a representar y todo punto determinable es sólo orientativo. Es por eso que se producen artículos, piezas, textos que son no sólo aportaciones de conocimiento, aproximaciones a o interpretaciones del fenómeno que mueve al corredor, sino también lo que los ingleses llaman *milestones* y que son las piedras que marcan el camino realizado.

En este número de **Asiadémica** el lector encontrará seis marcas de seis investigadores. Nieves Villaseca realiza en su trabajo una interpretación que es un repaso a la carrera cinematográfica de Kurosawa Akira; Aitor López coge el videojuego *Emperor* y estudia su capacidad y formas de transmitir conocimiento histórico; Ismael Rodríguez aborda de forma fresca el archiconocido debate sobre la propiedad de usar el concepto “feudalismo” cuando se trata el Japón pre-moderno; Anna Ferrer expande en rango y contenido su trabajo ya publicado en este mismo medio sobre los efectos y características de la Revolución Cultural en el Tíbet; Sabrina Vaquerizo analiza desde la óptica del estructuralismo, el postestructuralismo, el psicoanálisis y la teoría feminista la película *Tag* de Sion Sono; y finalmente, Maitee Pérez hace un repaso de las claves y actores participantes del llamado éxito japonés. Todo ello encabezado por un fantástico prólogo de Paula R. Curtis, doctoranda y docente de la University of Michigan en el que se reflexiona acerca de la necesidad de tender puentes entre la academia americana y europea que superen la barrera idiomática.

Damos las gracias como siempre a todos los articulistas por sus trabajos, es un placer publicarlos. Agradecemos también a todos los que nos enviasteis vuestras obras pero por un motivo u otro no hemos podido recoger en este número. Y para terminar, como no podía ser menos, daros las gracias a vosotros, lectores, por seguir a nuestro lado un número más... que, hablando de *milestones*, es el décimo ya.

Jordi Serrano y Jonathan López-Vera, julio de 2017